

## PRESENTACIÓN DE MEMORIAS DE JUAN CALASANCIO

### (CARTA DE JUAN CALASANCIO)

#### **-Juan Calasancio reflexiona sobre el mundo de Juan Calasancio-**

Queridos compañeros escolapios y amigos presentes en la sala:

No cabe la menor duda. Debe ser la edad. Llega un momento en la vida, tal vez ese en el que como supo decir el poeta *el tiempo nos alcanza*, en el que nos gusta recordar el pasado y regodearnos en él. La solución me la dio hace unos días un amigo y compañero del colegio de los escolapios, cuando le informé, entusiasmado, de la aparición, por fin, de estas “Memorias de Juan Calasancio”: *Es señal de que nos estamos haciendo mayores*. Asumido el golpe, me alegré de que, al menos, hubiese tenido la sensibilidad de no utilizar la palabra viejo.

Los libros así, de recuerdos del pasado, repletos de fotografías antiguas, tienen el éxito asegurado. Asisto perplejo al festín de ventas que cada fin de año se dan algunos autores y editores recopilando fotografías y recuerdos de tiempos pasados. La Sevilla de los sesenta, de los setenta, del tranvía, de las riadas, de los corrales de vecinos, de los baños en el río. La imaginación parece no tener fin. Queda tema para rato. Los títulos a explotar, como los caminos de Dios, son infinitos. Si se agotara el tema por años, no faltarían títulos sugerentes como *La Sevilla de los carrillos de mano* o *La Sevilla del seiscientos*. Y en caso de apuro, no me extrañaría ver por los escaparates de las librerías temas tan sugerentes como *La Sevilla de los melocotones en almíbar* o *Sevilla y los boquerones en vinagre*.

Tanto autores como lectores parecen sentirse complacidos rememorando una época pasada, añorada e idealizada. Eso de que *cualquier tiempo pasado fue mejor*, parece encontrar su reafirmación en estas publicaciones que aplaude un público fiel –por cierto, en el que me incluyo- ávido de ver fotografías de los viejos modelos de coches circulando por la ciudad, estampas costumbristas de los corralones para la venta de pavos por Navidad en la plaza de San Pedro o en la antigua plaza de la Encarnación, o imágenes de guardias municipales ataviados con su abrigo largo azul marino, su salacot blanco y sus botas altas de cuero negro.

Tal como está el mercado, este éxito editorial no es nada desdeñable. Al contrario; que un sector como este del libro vea abierta una puerta al

mantenimiento y al desarrollo, es una buena noticia para los que amamos este mundillo. Un mundo en extinción, por cierto. Lo mismo que asistimos a la desaparición de las carbonerías, las lecherías, las quincallas, los lateros, los silleros, los vendedores de mantillo para las macetas o el tío del pianillo, van desapareciendo -¡ay dolor!- las librerías.

Ya que estamos en la presentación de un libro, no está de más que toquemos, de pasada, el tema. El libro, a pasos agigantados, se va convirtiendo en un objeto de consumo más, sin otras connotaciones especiales que las del prestigio adquirido tiempo atrás. El libro, tal como lo hemos conocido, está amenazado de muerte. Hay quien dice que pertenece a un mundo en extinción, como ya lo es el mundo de Juan Calasancio. Pero más que el libro, que pienso no corre peligro y se defiende solo, lo que realmente corre peligro es el comercio del libro tradicional. El libro forma parte, ya, de una sección más dentro del supermercado consumista; lo vamos arrinconando poco a poco. Entendiendo por libro todo aquél objeto que tiene forma de ello, podemos encontrarlo en los sitios más variopintos: al lado de los productos de limpieza, próximo a los accesorios para automóviles o junto a las hamacas y sombrillas como un objeto playero más, incluso pueden verse libros en las tiendas de todo a cien.

Entre estas colecciones de antiguallas y los novelones pseudohistóricos el personal está entretenido en vacaciones. Historias de cátaros, de templarios, de masones y de manuscritos medievales encontrados que comprometen desde la seguridad de los Estados Unidos a las ilícitas actividades del Mossad, o que pondrían en duda la historicidad de las Sagradas Escrituras, incluyendo, a veces, hijos secretos de Jesucristo y la Magdalena. Literatura de consumo, libros *kleenex*, de usar y tirar. Entre tanto batiburrillo es fácil la confusión. Recuerdo un artículo de José Luis García Martín titulado *Contra los libros*, en el que, precisamente quien ama profundamente los libros, se convierte en su gran inquisidor. La desesperación le hace llegar a escribir: *¡Cuántos buenos programas de televisión han dejado de verse por leer malos libros!* Lo recorté, lo enmarqué y lo tengo colgado en mi biblioteca.

*¡That is the question!* Las tecnologías, como el lenguaje, se defienden solas. Basta con dar tiempo al tiempo. Juan Calasancio no está contra el libro digital, sino a favor de él. El debate no está en libro digital sí o libro digital no, sino en leer literatura buena o mala. El soporte... ¡qué más da! Que cada uno se despache a su gusto. Prefiero ver a un jovencito leyendo a Delibes, a Pla o a Juan Ramón en una pantalla que a otro leyendo un infumable best-seller encuadernado en piel.

Ante tal estado de la cuestión, el éxito de estas “Memorias de Juan Calasancio”, repleto de viejas fotos de la vieja enseñanza, está más que asegurado. Parece como si el personal echara de menos la radio añeja con sus concursos, los discos dedicados, las novelas de la tarde o los partes informativos de la prensa del Movimiento. Hay una tendencia generalizada en el ser humano a idealizar el pasado, a filtrar los recuerdos de forma que, solamente, permanezcan en la memoria los momentos gratos, al tiempo que hacemos desaparecer los desagradables. No hay duda: se trata de un instinto de simple supervivencia.

Tras hojear y ver complacientemente las imágenes de mi libro me asalta la siguiente pregunta: ¿Seríamos capaces de volver al mundo de Juan Calasancio? ¿Renunciaríamos al metro para volver a ver circular los viejos tranvías? ¿Abandonarían los repartidores sus cómodas furgonetas actuales para volver al triciclo o al isocarro? ¿Renunciaríamos al frigorífico para volver a la barra de nieve? ¿Nos conformaríamos con la radio o la primitiva televisión, aquella de Rin-Tin-Tín, Bonanza, las marionetas de Herta Frankel o el exclusivo partido de fútbol de los sábados a las ocho de la tarde? ¿Estaríamos dispuestos a renunciar al coche, al aire acondicionado, a las ventanas de climalit, al microondas, al teléfono móvil, al ordenador, a Internet, a los viajes caribeños...? Si estuviese aquí Paco Gandía, ya hubiese gritado: ¡*Buenoooo... vaaaa...!* Únicamente en el apartado televisivo creo que no perderíamos nada con la renuncia. Entre Herta Frankel, Estudio 1 o la Clave de Balbín y los actuales *Tomates*, *Norias* o *Aquí no hay quien viva*, la cosa, lamentablemente, no tiene color.

Pocos de los aquí presentes estarían dispuestos a semejantes renunciaciones. Ni sería posible, ni merece la pena tal planteamiento. Las cosas son como son y aquello de que cualquier tiempo pasado fue mejor es cosa de desmemoriados o, lo que es peor, de necios.

Ahora bien: si de necios es pensar que cualquier tiempo pasado fue mejor, aún más necio es aquél que olvida lo sucedido e intenta olvidar su pasado. Por muy negativo que haya sido ese pasado personal, debe ser integrado en una realidad actual. Y al pasado, hay que saberle dar su lugar y asimilarlo. Mejor que yo supo decir esto Aquilino Duque en sus memorias y que recojo en la página 5 del libro.

Como diría Umbral, *yo he venido aquí para hablar de mi libro*. No estoy aquí para arreglar el mundo que, bien sabe Dios, no hay un dios que lo arregle. Salen por fin a la luz estas “Memorias de Juan Calasancio”. No ha sido fácil su publicación. Se abrían puertas que posteriormente se cerraban. El niño gustaba a varias familias, pero ninguna de ellas se decidía

a adoptarlo. Ha sido mérito de Páginas del Sur, empresa del grupo Joly, y especialmente de Juan Antonio Romero, el que esta publicación vea la luz. La Fundación Cajasol, que tanto ha hecho y sigue haciendo por la cultura en nuestra ciudad y nuestra provincia, ha puesto su sensibilidad y mecenazgo, una vez más, al servicio de esta obra que forma parte la memoria colectiva, no sólo de un reducido grupo de personas, sino de una ciudad y toda una época.

Dentro del organigrama de la Fundación Cajasol, quiero agradecer, especialmente, el apoyo encontrado en la persona de Pilar Lacasta. Yo he hecho lo más fácil: rebuscar en la memoria y dar rienda suelta a mis necesidades literarias para poner las cosas en un papel. A esa memoria colectiva, yo he dado en llamarle Juan Calasancio. Pero les diré un secreto: Juan Calasancio no soy yo como podría parecer. Juan Calasancio son todos ustedes, los antiguos alumnos escolapios, los actuales niños y niñas del colegio Calasancio Hispalense, los profesores y rectores del colegio de Montequinto. Todos, somos herederos de un legado cultural que nos ha marcado y nos marcará y que, gustosamente, debemos asumir sin complejos.

Pasando los capítulos del libro lo primero que se toma es conciencia del paso del tiempo. Por sus páginas desfilan vivencias de una época, la Sevilla de los sesenta y principio de los setenta, e imágenes de un espacio ya desaparecido y símbolos de una pedagogía ya en desuso.

No se trata de resaltar lo malo y ocultar lo que está bien hecho. Es de justicia hacer notar la magnífica restauración llevada a cabo en el antiguo convento de los Terceros, lo que en nuestros tiempos llamábamos el cuartel. Quien conoció como estaba el patio y la escalera –probablemente la más bella y monumental de Sevilla- y les ve ahora, se quedará gratamente sorprendido. Igualmente es de alabar la magnífica labor de conservación que hace de la iglesia y zonas aledañas, la Hermandad de la Sagrada Cena.

Pero causa estupor y vergüenza ver las imágenes del destruido palacio de los Ponce de León, posteriormente restaurado por los Duques de Osuna, desde la fachada hasta la calle Matahacas. El impresionante patio del Sagrado Corazón de porte renacentista, el regionalista patio de la Virgen, obra insigne del maestro Juan Talavera, la magnífica fachada principal que daba a la actual plaza Ponce de León, el salón de actos, la decimonónica capilla doméstica de la zona de la clausura... Ya nada queda. Un garaje y unos bloques de pisos, que nada aportan a la arquitectura de nuestra ciudad en el siglo XX, ocupan el solar de lo que un día fue considerado, ¡Fabio, ay

dolor!, el tercer palacio más bello de España, dejando aparte el Patrimonio Real.

Da pena ver en el libro esa arquitectura hecha arte desaparecida, esos pasillos por los que deambulamos muchos de los que aquí nos encontramos, al igual que antes lo hicieron con su babi de rayas unos niños que entonces no conocía nadie y que se llamaban José María Izquierdo, Luis Cernuda, Rafael Laffon, Ignacio Sánchez Mejías, Juan Talavera y Heredia, Jooaquin Rodríguez Ortega “Cagancho”, Antonio Ordóñez, Pepín Martín Vázquez, Cansinos Assens, los hermanos Montoto, Antonio Muro Orejón, Antonio Domínguez Ortiz, Manuel Ramírez Fernández de Córdoba... por citar solamente a algunos de los que ya se fueron de este mundo.

Por el libro pasan y posan figuras de otro tiempo. Imágenes de niños en fila camino de la iglesia, agrupados en la foto oficial del curso o en el patio de arena alineados para hacer gimnasia. Imágenes entrañables como la del padre Luis Abella, ya octogenario, rodeado de niños parvulitos como si fuera un abuelo rodeado de sus nietos. O el padre Rufino sosteniendo un pañolito en tanto dos niños corren hacia él con idea de cogerlo. El padre Jerónimo de Córdoba, insigne latinista. El padre Antonio López con su bonete, sus gafas de cristales redondos y su aire intelectual; aquél que incitó a Luis Cernuda a escribir poesía y que, en justo reconocimiento, mereció la gloria de un capítulo en Ocnos titulado “El Maestro”. Probablemente, nunca el recuerdo de un profesor haya sido mejor pagado por un alumno.

Imágenes de profesores que permanecen en la memoria de varias generaciones, como D. José Macías, D. Fernando Gómez Armenta, D. Antonio Arjona, D. Antonio Martín Flores, D. Luciniano... Curas preconciarios como el padre Leonardo –un santo según todo el mundo-, el padre Ceferino, el padre Ramón Prieto con su tonsura en la coronilla hoy desaparecida, la reciedumbre clásica del padre Bernabé, la sequedad expresiva del padre Rufino o el padre Abilio, la tozudez castellana del padre Blas, las salidas de tono irónicas del padre Juan, ido en su mundo literario, siempre soñando con aquella dulce vaquera de la Finojosa.

Cursos de primaria, de bachiller, fotos de la primera comunión, equipos de fútbol, de balonmano, de mini-basket, de balonvolea, como se decía entonces. Muchos estarán ávidos de verse en la foto individual o colectiva, de explicarle a sus hijos, a sus mujeres, quién es él... mejor dicho: ¡quién era! Nos costará trabajo reconocernos y, aún más, reconocer a nuestros compañeros. A veces no seremos capaces ni siquiera de acordarnos de

ellos. Nos costará trabajo recordar a ese niño que está a nuestro lado, con el corte de pelo y la ropa típica de la época, y que mis hijos dicen que les recuerda a *los chicos del coro*, que fue por entonces nuestro mejor amigo, el inseparable, pero que el tiempo y el destino se han encargado de que actualmente no seamos capaces de reconocerlo o, lo que es peor, ni siquiera de poner en pie su nombre. O aquellos que ya se fueron para siempre como Salvador Rojo, Rafa Moreno Serrallé, Matías Verdugo o Agustín Embuena.

Toda una pedagogía y toda una época. Cierta director de cine se ha atrevido a llamar a este tipo de escuela “la mala educación”. No merece la pena dedicarle una línea más a este engréido. Un amigo escolapio, hablando del tema, me dio la respuesta, llena de ironía: *Basta verle la cara, espejo del alma, a ese señor para cerciorarse de que con esa carita es lógico estar contra el mundo y contra el sistema*. Si aquella era mala educación, que me echen a mí por delante lo que vino después: la Básica, la ESO, la ESA (Enseñanza Secundaria Adaptada, es decir que se pasa de curso sin problemas con siete suspensos de ocho asignaturas), la *barrilada* en la Facultad, la universitaria *botellona*... ¡Si esto ha mejorado al Bachillerato Elemental, el sexto y reválida y el Preu, que San José de Calasanz y San Pompilio bajen y lo vean!

Quiero terminar dando nuevamente las gracias a la Fundación Cajasol, a la empresa del Grupo Joly Páginas del Sur, a los que me han aportado fotografías, especialmente al compañero Pedro Arnáiz, a los presentes en la mesa: a D. Fernando Rodríguez Villalobos por acompañarnos; al P. Aranguren, actual rector del colegio por acudir a nuestra llamada; a mi amigo Paco Núñez por aceptar la presentación de este libro; a Dña- Pilar Lacasta por su apoyo en todo momento. A las autoridades y personalidades presentes en la sala y a todos los asistentes a este acto, hayan sido niños escolapios o no. Para todos ustedes, queridos amigos, el abrazo del siempre vuestro...

Juan Calasancio.

ISMAEL YEBRA SOTILLO  
Sevilla, 6 de febrero de 2012.